

La neocolonización transnacional de la agricultura en América del Sur

Carlos M. TUR DONATTI

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Los medios de comunicación informan que los países del Mercosur (Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, más Bolivia) superaron en 2007 a Estados Unidos en la producción sojera: 105 a 87 millones de toneladas; que los intereses rurales derrotaron a Cristina Fernández en su intento de aumentar el impuesto a las exportaciones de la mencionada oleaginosa; en Brasil, por su lado, se denuncia que el agronegocio está cercando al presidente Lula y que le ha impuesto la renuncia de la ministra de Medio Ambiente, Marina Silva. En los países menores, el avance del paquete de la soya transgénica parece incontenible: en Paraguay ocupa 64% de la superficie sembrada,¹ y para ilustrar un efecto negativo de esta acelerada expansión, hacemos notar que entre 2000 y 2005, 47% de los productores familiares uruguayos abandonaron su actividad.²

Estas transformaciones en los equilibrios políticos, la propiedad de la tierra, la deforestación masiva que afecta el clima de amplias regiones de la cuenca del Plata, en América del Sur la segunda en extensión después de la cuenca amazónica, son expresiones de un potente proceso de neocolonización transnacional conducido por un puñado de empresas gigantescas (Monsanto, Bayer, Cargill y Bunge, para mencionar algunas de las más representativas).

El paquete tecnológico que imponen dichas corporaciones utiliza avances recientes en biotecnología (semillas transgénicas no sólo de soya, también de maíz, trigo, arroz); potentes herbicidas como el glifosato y una nueva línea de maquinaria agrícola que permite la siembra directa.

El motor que impulsaba la opción por este paquete tecnológico eran los precios en acelerada alza en el mercado mundial, hasta el estallido de la crisis financiero-económica en 2008; la soya se utiliza indistintamente como forraje en la avicultura y la ganadería o para la alimentación humana directa, en particular en los mercados asiáticos.

Este acelerado proceso de neocolonización transnacional que tiende al monocultivo y la exportación masiva es un episodio más de la nueva división internacional del trabajo agrícola que se ha ido acelerando en los últimos treinta años de reorganización neoliberal del sistema capitalista mundial. Cabe preguntarse cómo afectará la crisis global a este proceso, que a fines del año pasado no frenaba todavía la expansión sojera en Argentina:

¹ Eduardo Gudynas, "El debate sobre la soja en el Cono Sur". Montevideo, Centro Latino Americano de Ecología Social, agosto, 2006, p. 1.

² Raúl Zibechi, "La soja en Uruguay: la creación de un nuevo bloque de poder". Montevideo, Programa de las Américas. Un Nuevo Mundo de Acción Ciudadana, Análisis y Alternativas, 10 de junio de 2008, p. 2.

para la campaña 2008-2009 se dedicarían entre 7% y 10% más de tierras, para sumar una superficie total de 18,2 millones de hectáreas.³

Las múltiples denuncias periodísticas sobre los efectos negativos de la expansión sojera en los países del cuenca del Plata —reconcentración de la propiedad de la tierra, deforestaciones masivas con la consiguiente extinción de la diversidad biológica, contaminación de los cursos de agua y efectos nocivos sobre la salud de la población rural a consecuencia de las fumigaciones— ponen en evidencia el choque de tres lógicas ecológicas y productivas, que engendran un inédito y agudo conflicto social.

La lógica de los grandes empresarios —individuales, sociedades anónimas o *pools* de siembra— que ponen en producción explotaciones de decenas de miles de hectáreas: en Uruguay de 40 o 50 mil hectáreas⁴ y de más de 90 mil hectáreas en el noreste paraguayo,⁵ quizás sean casos extremos; aunque el millón 200 mil hectáreas de selva amazónica desmontadas en 2004-2005 en Brasil⁶ sugiere que el desplazamiento de la ganadería extensiva por la soya en la apertura de nuevos espacios está ferréamente determinada por una mayor rentabilidad de la oleaginosa. En el caso argentino se triplican estas ganancias⁷ y en el vecino Uruguay llegaban a ser seis y siete veces mayores.⁸

Un factor que explica estas utilidades excepcionales es la bajísima ocupación de mano de obra: en el caso uruguayo para trabajar mil hectáreas en ganadería de leche se requieren veintidós trabajadores, en agricultura cerealera diez y de dos a cinco en soya; en Paraguay con un solo trabajador se atienden 300 hectáreas y en Brasil 500 hectáreas de soya.⁹

La organización estrictamente gerencial y la economía de escala son características de esta creciente fusión entre una tecnología de punta y las ramas industriales que la apoyan, que mediante la siembra directa convierten a la tradicional labranza en una especie de explotación minera del suelo. La aplicación de este paquete tecnológico transnacional en Argentina hasta 2008 lograba ganancias semestrales del 30% del capital invertido.¹⁰

Este nivel de utilidades, sostenido por precios al alza y una dinámica demanda internacional, hasta el pasado año, explican que empresas argentinas se hayan desbordado a territorio uruguayo y en menor medida paraguayo, mientras sus competidoras brasileñas tienen prioridad en la expansión sojera en tierras bolivianas y paraguayas.¹¹

“El grano de oro”, como le han llamado algunos apologistas a esta oleaginosa de origen chino, que penetró en los países del cuenca del Plata en su variedad transgénica hace poco más de una década, ha desplazado de manera contundente a otras oleaginosas —el girasol, por ejemplo—, a los cereales otrora más sembrados y a la ganadería de carne y

³ “Más hectáreas para la soja”, en *Página 12*. Buenos Aires, 21 de octubre de 2008, p. 12.

⁴ R. Zibechi, cit., p. 2.

⁵ Javiera Rulli, “Soja en San Pedro, Paraguay. Guardias emboscaron a campesinos por cazar en un latifundio”. Asunción, Base de Investigaciones Sociales, 28 de agosto de 2007, p. 1.

⁶ “Con la soja al cuello”, Ecoportal.net, El directorio ecológico y natural. 24 de septiembre de 2006, p. 1.

⁷ Horacio Verbitsky, “Radiografía de la pampa. El mito de los *pools* de siembra”, en *Página 12*. Buenos Aires, 15 de junio de 2008.

⁸ R. Zibechi, cit., p. 2.

⁹ Rosalía Ciciolli, “El campesino está acorralado entre la soja y las vacas: Tomás Palau”. Asunción, www.rel-uita.org, 8 de septiembre de 2008.

¹⁰ H. Verbitsky, cit., p. 1.

¹¹ Carolina Barros, “Reforma agraria en Paraguay pone alerta a Brasil. Otro dolor de cabeza para Lugo”, en *Ámbito Financiero*. Buenos Aires, 24 de octubre de 2008, p. 19.

leche. Y este monocultivo arrasador ha desplazado a 300 mil pequeños productores —un tercio del total— en la región pampeana argentina,¹² y en la uruguay, el desalojo ha resultado más drástico aún: ha afectado al 47% de los agricultores que poseían 216 hectáreas en promedio.

La producción agrícola y ganadera diversificada en la región pampeana argentina y uruguay —y en un contexto más pobre y tradicional en el noreste paraguayo para abastecer a Asunción— responde a la lógica de satisfacer al mercado interno con alimentos y materias primas, a la población e industrias de las distintas ciudades y regiones de los respectivos estados nacionales.

La proliferación de pequeños y medianos productores —recuérdese el promedio uruguayo de doscientas dieciséis hectáreas para los pequeños—, además de ofrecer una producción variada: trigo, maíz, girasol, cacahuates, avicultura y ganadería porcina y vacuna de leche que permite muchos derivados, ha requerido una variedad de bienes y servicios para sostener las actividades productivas y la vida familiar y social. Estos bienes y servicios eran proporcionados por una red de pueblos y pequeñas ciudades, que en muchas ocasiones servían de residencia a los productores y sus familiares. En estos núcleos urbanos a lo largo de décadas se fueron instalando plantas procesadoras de lácteos y embutidos, y en algunos casos talleres y fábricas de autopartes y de máquinas e implementos agrícolas.

Esta estructura de la producción y la sociedad pampeanas, que también encontramos en el sur brasileño y en mucho menor grado de complejidad en regiones de Paraguay y Bolivia, en el caso de los países mayores surgió a partir de los años treinta en los que la industrialización volcada a abastecer la demanda interna, marcaría la pauta del crecimiento económico y social durante medio siglo. Esta organización de la producción rural atendía, además, como en las décadas anteriores a 1930, a las exportaciones de estos países sudamericanos a Europa y Estados Unidos.

Es este tipo de producción y sociedad rurales el que está siendo transformado radicalmente por la implantación del paquete tecnológico de la soya transgénica. No pudiendo afrontar los elevados costos que ese paquete exige, una creciente masa de pequeños productores está siendo expulsada de la actividad y termina rentando o vendiendo sus tierras. La soya transgénica está resultando así una enemiga mortal de la pequeña propiedad y la producción diversificada.¹³

En todas las regiones de la cuenca del Plata —con la excepción de Uruguay— y aún en la frontera meridional de la cuenca amazónica avanza un sistemático proceso de deforestación abriendo fronteras al paquete sojero. Al arrasarse montes y selvas con maquinaria pesada y cercar parcelas y poblados campesinos e indígenas con extensos campos sojeros, se cierran los caminos de acceso a dichas comunidades, y se quitan a estos seculares habitantes la posibilidad de sostener su dieta con productos del monte y derivados de la caza y la pesca.¹⁴

El cercamiento estricto de amplios espacios para el monocultivo, custodiados por guardias armados y el empleo masivo de agrotóxicos, quitan posibilidades tradicionales

¹² “Con la soja al cuello”, cit., p. 1.

¹³ Facundo y Roberto Boccardi, “Soja en Argentina: cosecha amarga”, Ecoportal.net. El directorio ecológico y natural, 14 de junio de 2008.

¹⁴ J. Rulli, cit., p. 4.

de subsistencia a campesinos e indígenas por la contaminación de las aguas y el envenenamiento directo de sus personas por las fumigaciones aéreas. En Paraguay, quizás el caso más dramático, se registran decenas de muertes y malformaciones infantiles y de asesinatos de campesinos por los sicarios de los recientes latifundios sojeros.¹⁵

Resulta dramáticamente evidente que la lógica del “grano de oro” transnacional está expulsando al campesinado y a los pueblos originarios en toda la cuenca del Plata, y que avanza además sobre la cuenca amazónica. La lógica del monocultivo para exportación se impone a los gobiernos progresistas de América del Sur, que se muestran desorientados y no atinan a definir una política agropecuaria propia. Es más, está resurgiendo la vieja idea de que la venta masiva de materias primas al mercado mundial puede resultar la estrategia adecuada para el desarrollo de los países sudamericanos.

Los gobiernos, por su parte, responden a las presiones de la coyuntura construyendo carreteras de penetración en el interior del territorio y de arribo a los puertos atlánticos, en el caso brasileño; y en el argentino, acondicionando el acceso a los puertos de las empresas procesadoras y exportadoras, en torno a la ciudad de Rosario, sobre el río Paraná. Trabajan además en un gigantesco proyecto, la Hidrovía Paraná-Paraguay, que mediante un sistema de barcazas transportará soja brasileña, paraguaya, boliviana y del noreste argentino hasta el Río de la Plata, donde será transbordada en cargueros de gran volumen hacia los puertos asiáticos y europeos.¹⁶

Las resistencias de las etnias originarias y el campesinado afectadas, que han creado organizaciones defensivas y presionan a los gobiernos, se han manifestado exigiendo poner límites a la expansión sojera, mediante el respeto a sus tierras, el reparto de otras nuevas y la protección a la agricultura familiar.¹⁷

Respondiendo a estas movilizaciones los grandes empresarios bolivianos, brasileños y paraguayos están organizando milicias armadas y entrenadas para defender sus extensas propiedades. En el caso paraguayo han menudeado las denuncias de “terrorismo” sobre las organizaciones campesinas y la policía antimotines ha sido entrenada por los marines estadounidenses del Comando Sur. El Estado paraguayo, hasta el reciente acceso al poder de Fernando Lugo, ha sido gobernado por los grandes comerciantes y los generales asociados en el contrabando masivo, y los terratenientes ganaderos y sojeros, y ha promovido bajo cuerda una auténtica paramilitarización contra campesinos e indígenas.¹⁸ Hay indicios de que este *modelo colombiano* está siendo adoptado por terratenientes ganaderos y sojeros del secesionista departamento boliviano de Santa Cruz.

Las presiones del agronegocio sobre el presidente brasileño y las concesiones de su gobierno, y la reciente derrota de Cristina Fernández a manos de los grandes intereses rurales, indican que en América del Sur asistimos a una novísima forma de enfrentamientos sociales y nacionales, cuyo desenlace está lejos de vislumbrarse, menos aún en el contexto en una crisis mundial que se extiende y profundiza a diario.

¹⁵ R. Ciciolli, cit., p. 1.

¹⁶ “Con la soja al cuello”, cit., 8 de septiembre de 2008.

¹⁷ Darío Aranda, “La pésima suerte de nacer campesino”, en *Página 12*. Buenos Aires, 20 de octubre de 2008, p. 15.

¹⁸ R. Ciciolli, cit., y R. Zibechi, “La guerra de la soja en Paraguay. El napalm de Monsanto”, Ecoportal.net. Directorio ecológico y natural, 8 de mayo de 2005.